

## CRONICA INTERNACIONAL.

Es curioso y significativo que el mundo viva atemorizado ante la posibilidad de que la tercera guerra mundial, que no ha estallado por Berlín ni por Trieste, pueda producirse por Corea. Occidente, es decir, las grandes potencias que trazaron el futuro del Globo entre 1943 y 1945, tocan ahora las consecuencias de su fobia anticolonialista. Fobia inteligente en la U. R. S. S., que no juega nada propio y aspira a cualquier trofeo ajeno; fobia suicida en Francia e Inglaterra, beneficiadas acaparadoras de las tierras de Ultramar; fobia estúpida en los Estados Unidos, que pueden, como Sansón, derrumbar el edificio colonial sobre su propia cabeza al par que sobre las europeas. No creemos que los occidentales estén orgullosos de haber instalado a la U. R. S. S. en las Kuriles y en Puerto Arturo (y por qué no decirlo: en Pekín también). Ni satisfechos con la «devolución» de Formosa a China. Ni tranquilos con los acontecimientos provocados por los primeros años de «independencia bipartita» en Corea. Una federación bajo la dirección técnica de un Japón controlado por Occidente hubiera sido mejor destino para el ex imperio nipón, pero ya es tarde para reparar el error. Que tampoco quieren enmendar los que negocian con él el proyecto de Tratado de paz.

En la O. N. U., el bloque asiático-árabe, cuyos trece miembros —reforzados *ad absurdum* por Israel— no tienen entre sí sino querellas y discrepancias, ha hecho una seria guerra a las proposiciones americanas, de por sí obstruidas y atenuadas hasta el lirismo, por la resistencia de las fuerzas de apaciguamiento franco-inglesas omnipotentes en los Gobiernos de París y Londres. Y aunque los Estados Unidos consiguieran la mayoría precisa para sacar adelante su condena del agresor chino —el verdadero agresor sigue *impune e immune*—, las maniobras de Sir Renegal Rau han favorecido y envalentonado a Mao-Tsé y sus secuaces. Lo curioso y paradójico de la actitud antioccidental de la India (evidenciada también en las Conferencias de embaja-

dores que Nehru reunió en París) es que simultáneamente el caótico coloso hindú mendigaba en forma poco tranquila la concesión por Wáshington de 200 millones de dólares en granos para saciar el hambre de sus masas, prefiriendo cultivar yute para hacer la competencia al Pakistán, mientras en Londres y ante los demás *premiers* de la Mancomunidad, Nehru reiteraba su singular interpretación de la democracia negándose a aplicar en Cachemira la fórmula empleada en Hyderabad: con el pueblo contra el Maharaya. Esa Conferencia de *premiers*, a la que a última hora se unió Liquat Yan en virtud de promesas de mediocres resultados luego, puso de manifiesto que la solidaridad de los miembros de la Mancomunidad disminuye a consecuencia de la presencia de los dos nuevos Dominios, hindú y ceilanés —este último como satélite del anterior—. Incluso Canadá, tan americano en todo, vaciló ante la actitud india, dejando a los dos Dominios del Pacífico el papel de defensores incondicionales de la causa que encabezan los Estados Unidos. Es decir: incondicionales frente a China, pero no frente al Japón, contra el que desean ser garantizados por el Tío Sam, si se llega al Tratado de paz preparado por Dulles y la Secretaría de Estado.

Wáshington otorgará probablemente las seguridades que se le piden —quizá limitando las solemnidades de su forma— como las ha otorgado a Pleven en su viaje norteamericano, respecto de la suerte de Indochina. De hecho, la asistencia material estadounidense ha restablecido el equilibrio militar en el Tonkín; la incógnita estriba en si China se atreverá a desequilibrarlo de nuevo mediante una participación más activa, que seguramente provocaría complicaciones de temible derivación.

El Oriente en general sigue inquieto y no solamente en su extremo. Así nos encontramos a Israel agitado por su crisis económico-social (aunque Ben Gurion, después de conseguir del Keneset un voto de confianza por su política «equidistante» de Sharett, fué derrotado y dimitió. A Iraq pidiendo la revisión de su Tratado con Inglaterra de 1930, reemplazándolo por una nueva forma de cooperación más bilateral. En Siria la oposición extremista ha provocado ruidosas manifestaciones contra la supuesta concesión de bases y otros privilegios a los Estados Unidos, a los que atribuye el proyecto de concertar un Pacto del Mediterráneo Oriental: proyecto visto con mayor benevolencia por Egipto, que de ese modo intentaría introducir a un tercero en su discordia con Inglaterra a propósito de la defensa del Canal de

Suez y del Sudán. Hasta la inauguración del oleoducto Dahrán-Beirut habla de la creciente presencia del Tío Sam en esa zona de fricciones, donde la Liga Árabe tiene su asiento. Por cierto que en la última reunión del Consejo de la Liga, aunque se han registrado nuevas adhesiones al pacto de seguridad, ha persistido la ausencia del Yemen y Jordania. La Liga, que tiene en perspectiva una futura adhesión (la de Libia), ha despertado ecos en el lejano sultanato de Zanzíbar, cuyo soberano, al reiterar a Inglaterra las peticiones que hizo en 1949, de una mayor y más representativa autonomía, desea que se le autorice a establecer relaciones con diversos Estados árabes y musulmanes, principalmente del Indico. Y quiere que Francia «evacue» sus posesiones berberiscas.

Esos dos extremos del mundo islámico han vibrado políticamente en los últimos tiempos. En Marruecos, la impaciencia del Istiqlal ha desembocado en un tropiezo que de momento ha perjudicado al propio Sultán y beneficiado a Francia. En los debates del Consejo de Gobierno, dos miembros de la Sección marroquí —Yasidi y Lazani— promovieron tales incidencias que fueron expulsados. Pero después fué el poderoso bachá de Marrakech, y señor feudal del Atlas, El Gloui, quien arremetió contra su soberano llamándole «sultán del Istiqlal», mientras varios *ulama* ponían en duda la subsistencia de la gracia cherifiana en aquél, por su indirecto apoyo a las exageraciones nacionalistas de que la U. R. S. S. apoye a Marruecos más que los Estados Unidos. Y por cierto que la noticia de concesión a los Estados Unidos de bases permanentes en Marrakech, Casablanca y Port-Lyautey se ha confirmado en estas semanas. En Túnez, Burguiba consiguió nuevas reformas: paridad burocrática y gubernamental, desaparición del visado del Secretario y creando un Alto Comité de Presupuestos.

Al otro extremo del Islam es la Indonesia la agitada, y en su agitación ha provocado una crisis en Holanda. Nuestros lectores conocen la tenacidad con que la flamante República unitaria de Yakarta, después de haber devorado a los Estados federales indonesios (aunque es dudoso que los haya digerido) reivindica la Nueva Guinea holandesa, no obstante ser ésta un país de negros y no de malayos y haberse borrado del recuerdo de los derechos nominales del Sultanato de Tidore sobre su extremo occidental. En la última Conferencia de la Unión Holando-Indonesia volvió a plantear el problema. Holanda respondió con tres contraproposiciones indudablemente razonables:

- 1.<sup>a</sup> Colocar la isla bajo la soberanía de ambos Estados, conservando

la administración holandesa hasta que los propios papúas decidieran su destino plebiscitariamente, lo que al presente es impracticable: 2.<sup>a</sup> Colocarla bajo la soberanía de la Unión Holando-Indonesia —como Bosnia estaba bajo la doble monarquía danubiana de 1914— aunque conservando los servicios técnicos y burocráticos establecidos por Holanda; 3.<sup>a</sup> Confiar la suerte de la isla a la decisión de la Comisión especial para Indonesia de la O. N. U., o a ésta directamente. Fué inútil: Indonesia rechazó las tres fórmulas, y su alto Comisario en Holanda, Mohamed Rum, declaró que la cooperación entre esos dos países se había hecho imposible. En el Parlamento de Yakarta, los grupos extremistas de Sjariffuddin y Amir pidieron la ruptura de la Unión, y en las calles las fuerzas tuvieron que proteger a los holandeses. Pero en Holanda no faltaron los que acusaron de débil e *inconstitucional* al Gobierno de coalición presidido por el laborista Drees. Un grupo liberal votó contra el Gobierno, y el titular liberal de Asuntos Exteriores, Stikker, dimitió, arrastrando consigo a todo el Gobierno a pesar de que, dada la composición del Parlamento, era el único viable que podía actuar.

Cerramos la Crónica con el eco de varios acontecimientos gratos para España: el acuerdo comercial hispano-pakistani, el intercambio de representantes entre Madrid, Teherán y Cabul, y la afluencia de elementos selectos del mundo árabe y oriental a España, siguiendo la pauta marcada por Taha Hussein, así como la elevación a Embajadas de las Legaciones que en Madrid y Manila mantenían Filipinas y España.

JOSÉ MARÍA CORDERO TORRES